

bida es la más sustancial, la más excelente y la más preciosa que se puede pensar ni beber, y en el momento parece que así como es pasada del paladar ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolación y maravilloso contentamiento. Cierta parece cosa de más excelentes que todo lo que sobre la tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarecer ni decir».

En ese mundo, en que «el principal hortelano es Dios», y los árboles nunca pierden sus hojas, Oviedo presta atención a todos sus elementos. Así, con profundo conocimiento de causa, dedica notas a los entierros y al huracán, a la chicha y a la singularidad de esos animales, como el oso hormiguero, tan distinto de los osos que conoció en España, o como el perezoso, llamado «perico ligero», en paradójico contraste, que le lleva a decir: «ni he visto hasta ahora animal tan feo ni que parezca ser más inútil que este», o el alcatraz, en cambio, que «es una gran deleitación verlo todos los días del mundo».

Su finura para comparar resulta siempre ilustrativa, como cuando refiriéndonos al pájaro mosquito nos dice: «Sin duda parecía en la sotileza de sus piernas a las avecicas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores»; y sus teorías, muy curiosas, como cuando refiriéndose a la disminución de los sapos reflexiona en esta forma: «la causa es que, como la tierra se va desabahando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hálito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va desenconando y deshumedeciéndose, y cada día es más sana y apacible».

La prosa llana de Oviedo nos va revelando un naturalista de primer orden; un precoz ecólogo; un sincero admirador del Nuevo Mundo, que en tantas páginas recalca como en América las cosas son mayores, mejores y más dulces que en España; e incluso un economista que ya terminando el libro elabora una breve monografía sobre las minas de oro —al fin y al cabo también debía hablar de su experiencia como veedor— asentando una conclusión que no dejaremos de oír luego, repetida en muchas formas. Se refiere a los innumerables tesoros que «han entrado a Castilla por causa de estas Indias» y se lamenta: «Testigos son estos ducados dobles que vuestra majestad por el mundo desparce, y que de estos reinos salen y nunca a ellos tornan». Así concluye, con gran penetración visionaria, su testimonio Oviedo, «el menor de los criados de la casa real de vuestra sacra, católica, cesarea majestad», según la fórmula habitual.

Fuera de los escritos de Colón y Vespucci sólo circulaban, por aquellas fechas, las *Décadas* de Pedro Mártir (1518), en latín; la *Suma de geografía*, del bachiller Martín Fernández de Enciso (1519) y las cartas de relación de Hernán Cortés, la primera de ellas fechada el 10 de julio de 1519, pero no muchos más. Sólo que el *Sumario* de Oviedo parece dejarlos a todos atrás, por su concisa brevedad y su larga excelencia. Por la riqueza de su economía, el primer viaje de Colón es apasionante, en el dosificado suspenso de su magna hazaña, su obsesión con el oro, su afán de encontrar en todo cuanto veía lo que ya había descrito Marco Polo y la propia, reconocida, y lamentada, incapacidad del Almirante para diferenciar árboles y plantas, sin hablar, luego de sus delirios bíblicos y oníricos, el *Sumario* de Oviedo se torna indispensable, por su apego a los hechos, para descubrirnos, entre los visajes medievales, el fresco rostro de un continente aún no hollado.

Gerbi, como siempre, ha resumido magistralmente su carácter:

Redactado con menos ambiciones y con menos preocupaciones «oficiales» que la *Historia*; (Oviedo no recibió el nombramiento de «cronista general de Indias» hasta 1532); dedicado casi por entero a las noticias zoológicas, botánicas y etnográficas, con breves «excursos» sobre temas de actualidad administrativa, los indios, las minas de oro, el derrotero hacia las islas de las especias; destinado sobre todo a darle al Soberano «alguna creación», el *Sumario* es tan rápido, vivaz y, digamos también por cierta tendencia al sensacionalismo «periodístico», como la *Historia* es grave, circunspecta, difusa, enciclopédica.

Finalmente, mientras en el *Sumario*, redactado casi sin apuntes en Toledo, el esfuerzo de recordar se endereza hacia las Indias, en la *Historia*, escrita sosegadamente en Santo Domingo, la mirada de la memoria está dirigida a menudo hacia el Viejo Mundo, y es mayor y mayormente palpable la complacencia de evocar recuerdos y otras señales de una buena familiaridad con la civilización europea.

Conclusión: el *Sumario*, «por rapidez de estilo e icástica novedad de descripciones es quizás su obra maestra»¹³. Así lo entendieron sus contemporáneos, traducándolo inmediatamente al latín, al italiano (1534), al inglés (1555), justificando que el autor lo hubiera mandado editar, por su propia cuenta y riesgo, en casa del maestro Ramón de Petras, en Toledo, donde se terminó de imprimir el 15 de febrero de 1526.

Vendedor de santos y real cronista de Indias

En 1528 tenemos de nuevo a Oviedo en tierra americana. Esta vez en Nicaragua, y más concretamente en León, donde levanta casa propia y se dedica a vender santos y demás objetos de culto a la iglesia del pueblo. El erasmista había quedado atrás. Allí, también continúa debatiéndose en el habitual clima de intrigas: lo ponen preso, se escapa, se refugia en una iglesia. Pero Oviedo, alma contradictoria, continúa componiendo en medio de tal atmósfera, su *Libro del blasón*, sobre escudos, armas, y preeminencias nobiliarias, mientras prospera su comercio con esclavos indios.

«La hábil hipocresía» de Oviedo, como la llama Pérez de Tudela¹⁴ no le impide mantener sus intereses como naturalista, y allí lo tenemos también asomándose a la boca del volcán Masaya y anotando las virtudes del aceite de cacao, aplicado a sus propias llagas.

A los 52 años vuelve a España donde el clima había cambiado: en 1529 el Consejo Real dicta una solemne declaración contra la encomienda y en 1530 una previsión anti-esclavista. Oviedo, olfateador de nuevos vientos, concluye, en abril de 1532, su *Catálogo real*, relación de emperadores y sumos pontífices desde Julio César y San Pedro hasta Carlos V y deja atrás esos 18 años, de 1514 a 1532, en que fuera veedor de minas y de las fundiciones de oro. Estos dos breves documentos dan una cabal idea del viraje definitivo que experimentaría desde entonces el destino de Oviedo.

El primero, fechado el 7 de mayo de 1532, es una consulta del Consejo de Indias proponiéndole al monarca lo siguiente:

¹³ Esta, y la anterior cita, GERBI, *Ibid.*, p. 267 y p. 252.

¹⁴ JUAN PEREZ DE TUDELA, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Ibid.*, p. CXIV.

Gonzalo Hernández de Oviedo, vecino de la Española, ha tenido cuidado e inclinación de escribir las cosas de las Indias; ofrece llevar adelante su trabajo si se le da algún salario para el gasto de recoger material y mantener un oficial. Parece conveniente para que se ponga en la Crónica de España. El muestra más habilidad que ninguno de los que allí están. Sería bien mandarle discurrir por todas las tierras do no ha estado y enviar los memoriales a este Consejo para que aquí se ordenase y pusiese en la Crónica; y debería dársele ayuda de costa anual.

La respuesta del monarca, fechada el 18 de agosto del mismo año, reza:

Bien es lo que decís que se escriban las cosas de las Indias para que haya memoria dellas, y pues os parece que Gonzalo Hernández de Oviedo lo hará bien, por haber estado tanto tiempo en aquellas partes, por la experiencia y noticia que tiene de las cosas dellas, dadle cargo dello, con tanto que antes que se imprima ni publique lo que escribiere, presente ante Nos una copia para que lo mandemos ver; y por su trabajo yo he por bien que se le den 30.000 maravedíes en cada un año de los que en ello entendiere y ocupare, librados en las restas de aquellas partes; proveedlo así, y que pues se le ha de dar este salario, escriba las cosas de dichas Indias cumplidamente e por buen estilo ¹⁵.

Admirables documentos, en los cuales el monarca, a través de su Secretaría de Estado, se preocupaba incluso de la buena prosa.

En 1533 es nombrado alcalde de la fortaleza de Santo Domingo y el cronista podrá concentrar la energía de sus últimos años en esa vasta *Historia*, tantas veces anunciada en el *Sumario*, y a la cual dedicaría su atención en total por lo menos durante 35 años. Así la impresión de la primera parte de su *Historia general y natural de las Indias* terminaría el 30 de septiembre de 1535 en la propia Sevilla desde donde Oviedo emprende viaje de retorno a su nuevo hogar-fortaleza.

Estos primeros 19 libros que constituyen una cuarta parte apenas de los 50 libros finales que integraran su monumental crónica son un buen atisbo de ella, pero a medida que transcurra el tiempo ellos también se irán modificando, no sólo por nuevos aportes documentales sino también por los cambios, en su concepción de las cosas, que el propio Oviedo va experimentando. La escritura evoluciona: no sólo busca modificar el mundo; incide, en primer término, en quien la redacta.

Este madrileño de origen asturiano, este autodidacta, este cortesano de capa y espada, este hábil comerciante, el hombre que había apresado al cacique Guaturo e iniciado el comercio pacífico en Cartagena, es ahora el cronista asalariado y fiscalizado en su obra por el Estado, el fiel vasallo del Emperador que busca con ella hacer aun más celebrada, acatada, temida y amada la bandera de España. Pero es también muchos otros.

El curioso innato que contempla ahora naturaleza, hombres y costumbres, desplazando su vista por un espectáculo tan amplio como variado, intentando acomodar su mente al impacto vertiginoso de estas nuevas circunstancias. Lo logra, en muchas ocasiones; en otras, la rigidez determinante de su pasado le veda la elasticidad necesaria. «Mucho he oído, mucho he entendido, mucho he visto, mucho he comprendido, mucho he conocido, mucho he palpado, que os declararé», escribe Oviedo ¹⁶, citando a Ca-

¹⁵ Ambos documentos los cita Juan Pérez de Tudela, «Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Ibid.*, p. CXVIII, con las referencias correspondientes.

¹⁶ Oviedo, *General y Natural Historia de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Oceano*, Proemio al libro undécimo o penúltimo de la tercera parte, y cuadragésimo noveno de la *General y Natural Historia*. Madrid, B. A. E.,

tón, y añadiendo que sólo busca «relatar lo que en efecto ha pasado». ¡Pero cuántas cosas han pasado! En el caso de su libro, y en la sola cronología, por lo menos desde 1492 «hasta el presente de 1548», según consigna minucioso.

De ahí que su historia no sea sólo historia; es, como dice Gerbi, «a la vez crónica y cosmografía, botánica y etnografía, un animado bestiario y un libro de prodigios», deduciendo utilidades de los productos que encuentra y formulando, cada tanto, moralejas, ante los hechos que narra. «Oviedo trata de manera historicista la naturaleza y de manera natural la historia de los acontecimientos del Nuevo Mundo. Es un cronista de los aventureros y de los misioneros; pero es un historiador de las plantas, de los animales y de los hombres americanos»¹⁷. Es también, quien lo duda, el propio hombre que está detrás de su obra, el mismo Oviedo, que se nos va revelando, y cuya propia obra al final nos lo entrega íntegro. La escritura es también auto-revelación y denuncia, celebración y escarnio.

El alcalde en su mirador

Su residencia de 25 años en Santo Domingo, esa llave de las Indias por donde invariablemente habrían de pasar viajeros ilusionados y conquistadores de regreso a su patria, eran un mirador incomparable. Recabar información, comparar versiones, redactar infolios y recibir otros. Algunos de ellos pueden traer consigo perturbadoras noticias. Como lo recuerda José Miranda:

Una de las relaciones enviadas a Oviedo, la de Almagro sobre la expedición a Chile, dispararía de súbito sobre el cronista terrible andanada; uno de sus pasajes refería la trágica muerte del veedor de Castilla de Oro, su hijo Gonzalo, ahogado al atravesar el río Arequipa, en la célebre marcha de regreso al Perú¹⁸.

El libro cobraba vida propia: era su propia vida que se hacía (y se deshacía), allí delante, en esas páginas, quedando registrada. Si no era fácil ser cronista de las Indias mucho menos lo era ser cronista de sí mismo. Por ello sordo, y en constante diálogo consigo mismo, Oviedo buscaba afanosamente hacer imprimir la segunda parte de su *Historia*, casi dos mil hojas, para componer así en tres volúmenes o partes los cincuenta libros, mientras el Emperador, en noviembre de 1542 y junio de 1543, firmaba las famosas «Nuevas leyes de Indias para el buen trato y la preservación de los indios» poniendo fin al ciclo de la conquista propiamente dicha. Era, en consecuencia, la hora de los cronistas.

Pero Oviedo no parecía ya gozar de inalterable buen juicio, para concluir tamaña empresa, si nos atenemos a la solicitud que en abril de 1546 vuelve a hacer, en pro de la gobernación de Cartagena, añadiendo nuevas y delirantes condiciones a su pri-

Tomo CXVII, 1959, p. 233. Sobre los trece «cronistas de Indias», ver el artículo de CLARENCE FINLAYSCH, «Los cronistas de Indias», en *Revista de las Indias*, Bogotá, n.º 105, sept-oct 1948, p. 407-414.

¹⁷ GERBI, *Ibid.*, p. 295.

¹⁸ JOSÉ MIRANDA, «Gonzalo Fernández de Oviedo, alias Valdés», introducción a la edición del *Sumario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1.ª edición: 1950; 1.ª reimpresión: 1979, p. 7-74. La cita: p. 34.